

quero, podré en otra parte, -sin tantas dificultades y con ménos perjuicio, vender mis alhajas.

Embebido en estas reflexiones, -atravesó el puente y echó por una calle, sin conciencia de lo que hacía, hasta que, cayendo en la cuenta de que caminaba sin objeto, paróse, miró la hora en su reloj, y viendo que eran más de las once, se metió en un café con intencion de desayunarse y luégo ir á casa del banquero á dar el golpe que meditaba.

Dejemos al Capitan reparando sus decaidas fuerzas, y volvamos los ojos á doña Francesca, víctima triste de su sensible corazon y de sus malhadados celos.

Con las fuertes emociones de la víspera, apénas habia dormido. A las once, no obstante, ya estaba acicalada y compuesta, y tomando, muellemente reclinada en su canapé, un ligero almuerzo que su doncella le servia. Este terminado, mandó á preguntar si el Capitan se habia levantado ya, y á poco volvió la criada á decir que á las diez habia salido, advirtiendo ántes que no almorzaba en casa, y ademas entregó á su señora una carta que para ella habia venido por el correo interior.

Doña Francesca miró el sobre, cuya letra le era desconocida, y rompiéndolo con desconfianza, leyó lo que sigue :

« Señora :

» Por consideracion á vuestro ilustre nombre, por respetuosa simpatía, y hasta por deber de conciencia, me decidí al fin á escribiros.

» Hubiese preferido dirigirme al Príncipe; pero he

sabido que no está en Florencia, y el caso no admite espera.

» Un indigno malhechor, fingiéndose el capitán Morgan, ha logrado introducirse en vuestro noble hogar. El Príncipe y vos misma le habeis acogido con ciega confianza. Abrid los ojos, y ved que estais abrigando en el pecho una sierpe venenosa. Si despues de este aviso leal no salieseis aún de vuestro funesto error, sed al ménos cautos y precavidos. Cerrad bien las cómodas y los armarios, atracad por la noche las puertas de vuestros aposentos.

» Por mi parte, he cumplido.

» Algun dia sabréis quién es el alma caritativa que os escribe estos renglones. ¡Ojalá no sea ya tarde!»

— ¡Qué iniquidad! exclamó indignada doña Francesca. Por lo visto continúa la farsa criminal de anoche.

Y ajando y revolviendo airada el papel entre sus manos, lo arrojó despues á la chimenea. Luégo se quedó como adormecida en el sofá, recreándose mentalmente en todas las calidades y perfecciones que su amorosa obcecacion le hacía descubrir en el que ella juzgaba su futuro esposo.

XI.

MISTER JACKSON.

El Capitan, desde el café en que le dejamos desayunándose, se fué á casa del banquero. Allí lo recibió un dependiente, y al saber que deseaba hablar con su principal, le dijo que éste habia ido á la Legacion británica para asuntos de su comision; mas que no era necesaria su presencia, si por acaso venia al cobro ó presentacion de alguna letra. El Capitan contestó que era con mister Jackson, y no otro, con quien deseaba entenderse. A lo cual repuso el empleado que si queria hallarlo con seguridad, volviere al siguiente dia entre doce y una de la tarde. «Todas son hoy dificultades», pensó el Capitan, y se retiró resignadamente.

Mucho le incomodaba el aplazamiento, pero no habia motivo para perder la esperanza; y aunque su situacion fuese apurada en extremo, todavia preferia aguardar veinticuatro horas ántes de decidirse á poner asedio al tesoro de doña Francesca. Y no era tanto lo arduo del caso como un sentimiento de amor propio, tal vez tambien de lástima, si no de gratitud, á su apasionada víctima.

Fuera de que el humano corazón es como pintado jaspe, formado de muchas vetas y matices varios, era el singular personaje de nuestra historia, más bien que un sér de índole criminal y perversa, un alma sin pudor, en que el sentido moral se hallaba oscurecido; un carácter vano y presuntuoso, una imaginación extraviada. El móvil de su conducta era mucho más el ánsia de brillo que el afán de medro. Para él, como ya lo ha visto el lector en sus aventuras, todo era hombrearse con los privilegiados de la fortuna, respirar la atmósfera de los palacios y reflejar sus frívolos esplendores. Creía haber nacido para gran señor, y al hallarse, por un sarcasmo de la suerte, en el ínfimo grado de la escala, habíase propuesto por medio de su agilidad é industria, ya bandedándose mañosamente entre las leyes penales, ya aprovechándose de la credulidad de los unos, de las pasiones de los otros, de la indiferencia de los más, llegar á la altura donde, á su juicio, otros mucho menos dignos se pavoneaban. Y á fe que por un momento, gracias á la propia habilidad y á la ajena insipiencia, había visto colmado su deseo, sólo que, á la manera de los antiguos histriones, toda la importancia de nuestro héroe estaba en la máscara que lo cubría, y la farsa desgraciadamente tocaba á su fin. Harto lo comprendía el desventurado, y no tenía más anhelo que desaparecer de la escena ántes que la ilusión teatral se desvaneciese por completo, y el público, al pronto deslumbrado y confundido, se convenciesera al cabo de que había sido mísero juguete de un hábil y descoçado juglar.

Pero ¿cómo huir sin dinero? Y si Mr. Jackson no se

daba á partido, ¿cómo obtenerlo sin recurrir á doña Francesca? Y si ésta á su vez también se negaba, ¿qué hacer?... ¿Forzarla? Pero la violencia no entraba en sus medios de acción; y aún sin tomar en cuenta el peligro, repugnaba á su vanidad descender á los ojos de aquella ilusa, pero noble, dama, con la cual pasaba por el fénix de los caballeros, á la abyecta condición de un infame malhechor. Claro es que doña Francesca había al fin de saberlo todo; mas él, que se juzgaba un astuto aventurero, y no un vil criminal, poetizando las cosas á su manera, que imaginación no le faltaba, quería que la gente, ya que no fuese posible mantener más tiempo el engaño, exclamase al saber la verdad:-- Era un bribon: nos ha chasqueado; pero ¡lástima grande que no fuese lo que aparecía!

En estas cavilaciones, y profundamente agitado, pasó el resto del día y la inmediata noche, y al siguiente, trascurridas las veinticuatro mortales horas del aplazamiento, y siendo ya la de mediodía, se dirigió de nuevo, oscilando entre el temor y la esperanza, á casa de Mr. Jackson.

El banquero acogió la visita con fría urbanidad, y haciéndole sentar á su lado, esperó á que el Capitán hablase. Éste, con la mayor naturalidad, le dijo:

—Vengo á incomodaros, con objeto de que me dispenseis un pequeño favor. Creía tener fondos suficientes para el poco tiempo que debía permanecer en Florencia; pero me he detenido más de lo que pensaba, y temo que el dinero ya no me alcance para continuar mi viaje á Inglaterra. Os agradecería, pues, que me facilitaseis cua-

tro mil libras en oro, en cambio de una letra á la vista contra el depositario de mis fondos, en Londres, mister Liton, notario, *Savil road*, 25.

—Señor, contestó el banquero impasible, siento no poderos complacer: soy hombre de negocios, y no anticipo fondos sino sobre valores de comercio. Respeto vuestra firma, pero no puedo hacer lo que me proponéis.

El Capitan se mordió los labios de ira. Dominándose, sin embargo, se levantó de la silla, y con gesto altivo dijo al banquero:

—Siento haberos molestado. Por fortuna, sin más valor comercial que mi nombre, puedo levantar en Florencia cuantos fondos quiera.

El banquero nada replicó, y el Capitan se retiró con el vago temor del que ve amontonarse las nubes sobre su cabeza amenazando tempestad.

—Mala espina me da la actitud del banquero, decía para sí andando por la calle.

De repente se paró, como si el movimiento no le dejase concentrar sus ideas, y dándose una palmada en la frente, — *To be or not to be*, exclamó, apropiándose las palabras de Hamlet. No me queda otro remedio que las cinco mil libras de doña Francesca. — Y procurando componer su rostro y ademan, á fin de que en ellos no se trasluciese la turbacion de su alma, se encaminó hácia el palacio Cantelmini.

Al entrar en la *via del Procónsulo* notó á John, que se vino á él pálido y azorado.

—¿Qué ocurre? preguntó el Capitan; ¿nuevo contra-tiempo?

—Hace media hora que te estoy esperando. Me dijeron en el palacio Cantelmini que no estabas, y me propuse no salir de la calle hasta hablar contigo.

—Pero ¿qué ocurre?

—Noticias muy graves. Mi amo ha recibido.....

—No conviene que nos vean aquí juntos, dijo interrumpiéndole el Capitan. Vé sobre la marcha á tu casa y espérame allí. Yo iré por mi lado.

El Capitan no perdía la cabeza; mas los fatidicos anuncios de John, despues de la repulsa del banquero, le causaron honda impresion.

—Bien, y ¿qué hay? preguntó á su primo al juntarse con él en la humilde habitacion donde noches ántes hallára tan generosa hospitalidad el redomado Zósimo.

—El ministro ha recibido esta mañana una carta de Mr. Richard Morgan.

El Capitan se puso del color de la cera.

—¿De dónde escribe? preguntó con ansiedad.

—De Nápoles.

—¿Cómo has podido saber.....

—Es muy sencillo. Cuando los señores almorzaban vino la carta, que yo mismo entregué al ministro, yéndome despues á arreglar su cuarto. Hallábame en su gabinete de tocador, cuando sentí pasos en la inmediata alcoba. Entre ambas piezas hay sólo una puerta vidriera, y una cortina la cubre. Al oír la voz del ministro, que hablaba recatadamente con la señora, me fui de puntillas á la puerta y me puse á escuchar por la esquina rota de un vidrio.—«No sé qué pensar, decia mi amo: la carta parece auténtica. El autor, que firma claramente

Capitan Richard Morgan, me anuncia que trae para mí un paquete del Gobernador de la India, y que dentro de tres ó cuatro dias llegará á Florencia, pues sólo se ha detenido en Nápoles para tomar algun descanso y visitar la ciudad. Ó la carta es una intriga del famoso D. Marcelo, ó el que tratamos de sir Richard Morgan es un impostor; y en ese caso habrá que advertir á la policia.— Yo no puedo creer tal cosa, contestó la señora, y me inclino á pensar que es una odiosa trama.— Puede ser, repuso el ministro, y nada aseguro; pero desde luego trataré de informarme. Al punto voy á escribir al cónsul. Ponerle un telégrama sería inútil, estando interrumpida la línea por efecto del temporal.»

El Capitan se esforzó en contener su emocion. Por lo mismo que arreciaba el peligro, necesitaba de mayor sangre fria.

—Te agradezco, dijo aparentando calma, las noticias que me das. No creí que llegase tan pronto. Sin embargo, no me apuro, teniendo más de cuarenta y ocho horas por delante. Cuando llegue la contestacion del cónsul, que me echen un galgo.

—¿Y qué va á ser de mí? exclamó el pobre John con semblante acongojado. Cuando todo se descubra, mi amo me pondrá en la calle como á cómplice.

—En poca agua te ahogas, contestó el Capitan. Ni tú ni yo hemos cometido delito alguno. Si tu amo te despiere, no te faltarán otras casas. Ven á verme mañana á las once; te daré cincuenta libras en premio de tus servicios, y te firmaré la obligacion que te tengo ofrecida. ¿Qué más quieres?

El cándido John se serenó en seguida con oferta tan categórica, y despidiéndose hasta el día siguiente, los dos primos se separaron.

Convencido el Capitan de que no habia tiempo que perder, ni más tabla de salvamento que doña Francesca, se fué en derecha al palacio Cantelmini, resuelto á apelar á todos los medios para hacerse con las cinco mil *liras* de que la creia poseedora, y emprender en seguida la fuga.

Muy ajena á lo que contra ella tramaba su falso amante, la sentimental doña Francesca se aburría en su cuarto leyendo una novela; cuando llamaron suavemente á su puerta.

—Adelante, dijo apresurada, adivinando que era el Capitan, el cual entró al punto en la estancia.

—Amiga mia, acabo de llegar, y me han dicho que habeis preguntado por mí. Pero, antes que todo, ¿cómo estais desde anoche? ¿Se os pasó el dolor de cabeza?

—Más vale tarde que nunca. Hasta ahora no se os ha ocurrido venir á informaros de mi salud. Gracias por tanto interes.

—No me condeneis sin oirme. Cuando salí estabais aún acostada, y mis asuntos, muy á pesar mio, me han tenido fuera todo el dia. ¡Se aglomeran tantas cosas en vísperas de un viaje!

—Pero no os vais tan pronto.

—¡Ah! no sabeis lo que me cuesta, aunque sea por poco tiempo, esta separacion. Y con la triste noticia de hoy, imposible ya aplazar mi viaje.

—¿Qué noticia?

—Mi apoderado Mr. Liton ha muerto.

—Sea como quiera, no os iréis hasta que vuelva mi primo.

—Me voy..... mañana.

—De ninguna manera, Ricardo, no lo consiento, dijo poniéndose de pié doña Francesca y cogiéndole la mano con gachonería. Tengo muchos motivos de queja. Si quereis que os perdone, es preciso que no os vayais tan repentinamente.

En esto se presentó la doncella á anunciar á su señora que estaba en la sala la baronesa Spontini.

—¡Qué *seccatura!* exclamó doña Francesca. Y dirigiéndose al Capitan, le dijo: Es mi amiga Margarita, la cual, porque mi primo está ausente, cree que me hace un favor viniéndose á comer conmigo. Afortunadamente se va con el bocado en la boca.

—Mientras la recibís, y en tanto que se sirve la comida, me retiro á escribir una carta. La noche os la dedicaré toda.

XII.

EL SUPREMO RECURSO.

La comida pasó, sin que nada ocurriese en ella de particular. Sólo estaban en la mesa doña Francesca, su amiga y el Capitan. La conversacion giró naturalmente sobre las peripecias del famoso baile. La Baronesa y doña Francesca se explayaron en denuéstos contra D. Marcelo, y aconsejaban al Capitan que, apoyado por su ministro, acudiese en queja á los tribunales. A lo cual contestaba que eso sería dar sobrada importancia á D. Marcelo, quien no buscaba otra cosa que llamar la atencion, y que no podia haber mayor castigo para tan vano y ridículo personaje que la indiferencia y el desprecio.

Durante la comida, dos ó tres veces dijo doña Francesca que estaba muy cansada y que le dolia la cabeza, no tanto porque así fuese, como porque la Baronesa no se quedára despues mucho tiempo.

Servidos los postres, las dos amigas pasaron á un elegante gabinete, inmediato al comedor, á tomar café, y el Capitan, pretextando cualquier motivo, se retiró á su cuarto. Ya solo allí, crispó los puños, y con grande agitacion se puso á pasear de un lado á otro. Luégo se sentó

al bufete, y notando un periódico de aquella tarde que en él habían dejado, empezó á recorrerlo maquinalmente. Mas de improviso llamó su atencion la siguiente gacetilla, comprendida en la seccion de *Noticias de la capital*:

« Los asistentes al para siempre ya famoso baile dado anteanoche en los magníficos salones de Doney, y de que ligeramente hablamos ayer á nuestros lectores, no han vuelto todavía de su estupor. El imprevisto y extraordinario suceso que tanta novedad é interes dramático prestó á la fiesta sigue apasionando los ánimos y siendo exclusivo tema de todas las conversaciones. Segun nuestros últimos informes, el asunto es mucho más grave de lo que se creyó en un principio, y acaso lo veamos pasar de los estrados de Doney á los del Palacio de Justicia. Por hoy, y hasta depurar nuestros datos, sólo diremos que los partidarios del Sr. Rivalunga van en aumento, y que las razones en que se apoyan no dejan de tener fuerza. Tal vez mañana mismo harémos al público sorprendentes revelaciones. »

Leido lo anterior, echó el periódico á un lado y exclamó:—No hay remedio, no hay remedio.

En aquel momento vino la doncella de doña Francesca á decirle que la Baronesa se habia marchado y que su ama lo esperaba.

El Capitan acudió en seguida al llamamiento, y doña Francesca, dando orden de que no recibia á nadie y despidiendo á la criada hasta las doce, se quedó sola, en el retiro de su habitacion, con el que ella se obstinaba en creer su rendido amante.

Para más fácil comprensión de la escena que vamos á referir, daremos una idea del aposento en que los dos personajes se encontraban.

Era una pieza bastante espaciosa : en uno de los muros, dos elegantes arcos, que se juntaban en el capitel de una esbelta columna, dibujándose sobre un amplio cortinaje carmesí, daban acceso á un pequeño recinto, donde yacia el lecho de doña Francesca. Ocupaba el centro de otra de las paredes, que formaba ángulo con la anterior, y que podíamos llamar el testero principal, una rica chimenea de mármol, cercada por dos canapés de damasco y algunos taburetes de vistosas telas. A cada lado de la misma, un balcon, cubierto por sus cortinas de seda desplegadas. Cerca del de la derecha, un lujoso bufete de palo santo, con primoroso recado de escribir. Junto al balcon de la izquierda, una jardinera con plantas y flores. En el muro opuesto al de la alcoba se ostentaba un gran armario de luna, situado entre una puerta pequeña, que daba al tocador, y una mesa de mosaico, sobre la cual se veia una preciosa arquilla de ébano con incrustaciones de marfil y cerradura de plata cincelada. Aquél era el mueble donde solia doña Francesca guardar el dinero. Por último, en el lienzo de pared que cerraba el cuadro se alzaba, entre dos artisticos escaparates, llenos de curiosos objetos, la puerta principal, que daba á una galería. De un medallon pintado al fresco en el centro del techo pendia una araña de cristal de Venecia. Las paredes, colgadas de seda y ornadas con algunos cuadros de escuela italiana. Mullida alfombra en el suelo. En medio de la estancia, una mesa ovalada, con un

tapete oriental, sobre la que habia; en bello desórden, libros lujosamente encuadernados, abanicos, guantes, cintas, y esas mil fruslerias que se ven siempre en los cuartos de las mujeres ricas y elegantes. El fuego de la chimenea, bien provista y acondicionada, mantenía templado el ambiente, y dos hermosas lámparas, que sobre ella ardian, daban luz al aposento.

No bien hubo salido la criada, el Capitan echó los pasadores á las puertas.

—¿Qué haceis? le preguntó con extrañeza doña Francesca.

—Sabeis, amiga mia, contestó él, cuán importunos son los criados. Las tiernas expansiones del corazon requieren soledad y misterio.—Y sentándose en un taburete cerca de la ilusa dama, fingiendo profunda tristeza, le dijo:

—Aunque me aleje por poco tiempo, no podeis imaginarnos lo sensible que es para mí esta separacion.

—Pero no penseis en partir mañana: de ninguna manera lo consiento. Desde la otra noche me teneis muy enfañada. Estoy dispuesta á perdonaros, pero dadme palabra de que no os vais mañana.

—¿Pensais, Francesca, que me voy por mi gusto? ¿Creeis que si pudiera detenerme un dia más no lo haria de buen grado? No instancias para que me quede; palabras que me alienten necesito, y me hagan ménos acerba esta repentina separacion, que imprevistas circunstancias me imponen.

—No lograréis convencerme de que vuestros negocios no pueden esperar dos ó tres dias más, despues de haberlos esperado siete años.

—Oídmé un momento, y sed, por Dios, razonable y buena con vuestro tierno y rendido amante; que si mis cartas de hoy me obligan á marcharme precipitadamente, tambien me ponen en la necesidad de recurrir á mi futura esposa para que, en vez de agravar mi triste situacion, ella misma sea quien facilite mi partida.

—No comprendo.

—Figuraos que el notario Liton, de Lóndres, depositario de mis papeles de familia y de mis fondos, acaba de fallecer, y que deja los asuntos de su notaría bastante embrollados; figuraos que una letra de diez mil liras, que tenía órden de remitirme, y que yo esperaba hace seis dias, no me ha llegado aún; figuraos, en fin, que en el telégrama que hoy he recibido me dicen que mi presencia en Lóndres es urgentísima, y sin olvidar que mis intereses son ya los vuestros, decidme sinceramente si creéis que en tales circunstancias debo un dia siquiera demorar mi viaje. No sólo no me puedo detener, sino que me veo en la precision de molestaros para que, á falta de vuestro primo, me presteis cuatro ó cinco mil francos.

—Yo os recomendaré mañana á nuestro banquero, el cual.... Mas ¿qué digo? Vos mismo lo conocéis, y no necesitais ninguna recomendacion: es inglés, y de más sabe quiénes son los Morgan.

—¡Ah, mañana sería tarde! dijo el Capitan con tono impaciente.

La afectuosa familiaridad del principio, con el giro que tomaba la conversacion, se iba desvaneciendo. Y á la extraña exclamacion del Capitan, doña Francesca, con sorpresa al par que con sencillez, repuso:

—El tren-correo no sale hasta las seis de la tarde.

—Sí, pero tengo motivos para no acudir á Jackson, replicó algo embarazado el Capitan.

Un vago, indefinible malestar empezó á apoderarse de doña Francesca, la cual, no obstante su obcecacion, cada vez iba extrañando más la actitud y manera de su Ricardo. Pero todavía, llena de buena fe, le dijo:

—En ese caso, no os apureis: teneis que pasar por Milan, y Cósimo está allí. Yo le pondré un parte para que vaya á esperaros á la estacion. Él os procurará cuanto querais.

—No me comprendeis, ó no quereis comprenderme, contestó el Capitan con tono rápido é inclinándose bruscamente hácia doña Francesca.

Ésta, echándose atras, dijo con visible inquietud:

—Es verdad, no os entiendo.

—Yo no os pido que me recomendeis ni que escribais á nadie, sino que vos misma me prestéis cinco mil *liras*.

—Pues bien, mañana..... dijo sin poder concluir la frase doña Francesca, cuyas ideas se embrollaban en una especie de mareo vertiginoso.

—Ahora mismo, repuso el Capitan con ademan resuelto.

Doña Francesca se levantó de su asiento, y pasándose la mano por los ojos, como si tratára de arrancarse una venda que le impidiese ver claro, haciendo un penoso esfuerzo, le dijo:

—No os conozco..... Capitan, ¿qué os sucede? Me asombra vuestro lenguaje. Yo no tengo en este momento la suma que me pedís.

—Sí, sí la teneis. Vuestro primo, ántes de partir, os dió delante de mí cinco mil liras.

—¡Ah! gritó doña Francesca, iluminada por súbita luz y cubriéndose el rostro con las manos. Vos no sois..... ¡Desgraciada de mí! ¡Desgraciada de mí! Y luégo, dejando caer los brazos, vino al suelo como fulminada.

El Capitan, con la faz descompuesta, la miró un instante, y corriendo á la arquilla de ébano ántes descrita, hizo saltar la cerradura con un estilete que llevaba escondido y se apoderó de cuanto dinero halló en el mueble, que era mucho ménos de lo que él se habia figurado.

Miéntas llevaba á cabo su criminal intento, doña Francesca volvió en sí, y aunque al pronto no se dió cuenta de lo acaecido, el notar al Capitan andando en la arquilla, la volvió al sentimiento de su terrible situación; y cambiando repentinamente el amor en ira y furor de venganza, levantándose trabajosamente,

—¡Vil seductor! ¡Ladron infame! exclamó, tirando al mismo tiempo de la campanilla; pero se le agotaron las fuerzas y cayó otra vez desmayada.

El Capitan, sin cuidarse de ella, se apresuró á salir por la puerta que daba á la galería, y encontrando á la doncella, que acudia á la llamada, le dijo:

—Id pronto á auxiliar á vuestra señora. Se ha puesto mala. Yo corro á buscar al médico.

Y bajando rápidamente la escalera, dejó el palacio Cantelmini y se perdió en el dédalo de las calles de Florencia.

XIII.

LO QUE SUCEDIÓ DESPUES.

Al día siguiente toda la policía estaba en movimiento, tratando de rastrear las huellas del falso capitán Morgan. Se había teleografiado á todos los prefectos; estaban avisadas todas las estaciones de ferro-carriles.

Un juez se trasladó al palacio Cantelmini para tomar declaraciones y hacer la sumaria. El cuarto que ocupaba el delincuente fué reconocido, é inventariados los objetos de escaso valor que allí habia dejado. Al registrar el bufete de que se servia, se halló en una de las gavetas un ramillo de flores marchitas y dos libros, uno en rústica y otro más grande encuadernado en tafete; éste era el diario manuscrito del verdadero capitán Morgan, y aquél un tomo suelto de *Rocambol*, novela en boga, cuyas aventuras parecía haberse propuesto emular nuestro héroe.

Durante ocho dias, en salones, cafés, tiendas (en éstas sobre todo) y en corrillos de calles y plazas, de otra cosa no se habló que de las hazañas del fingido Morgan. Los periódicos venian llenos de curiosas anécdotas y rasgos biográficos, más ó ménos verídicos, del que

podía considerarse como flor y espejo de la industriosa caballería. Y no dejaban tampoco de lanzar sus pullas á la alta sociedad, profundamente humillada con el golpe recibido. Cada cual, sin embargo, como de ordinario acontece, trataba de descargar en los otros su propia responsabilidad.—Yo, decia el uno, trabé relaciones con él en casa del Ministro de Inglaterra.

El Ministro á su vez: «Yo no puedo conocer personalmente á todos los súbditos de Su Majestad británica, y el príncipe Cantelmini me lo presentó como su primo.»

A este tenor, todos, á costa del prójimo, procuraban excusar su conducta y quitarse el ridículo de encima.

Lo peor del caso era que, mientras los hechos del famoso inglés se comentaban de mil modos, los fondistas, industriales y tenderos por él favorecidos iban de Heródes á Pilátos con sus cuentas, sin saber cómo ni de quién cobrarlas.

Apénas llegó al príncipe Cantelmini la noticia de lo acontecido, volvió presuroso á Florencia, donde encontró gravemente enferma á su pobre prima. Por cuyo motivo, y tambien por evitar necias preguntas y tardías reflexiones, permaneció encerrado en su casa unos dias, sin querer ver á nadie. Su ligero proceder lo explicaba por las analogías entre el fingido y el verdadero Capitán, y sobre todo, por los secretos de familia que el primero poseia, y que sólo podia ó debia conocer el segundo.

Pero más que el solemne chasco de que habia sido víctima, le atormentaba y afligia el estado de la infeliz doña Francesca, tan digna en todos conceptos de mejor

fortuna. Despues de la dramática escena en que se le habia trasformado el tierno amante en impío y cruel ladrón, cayó la pobre con una fiebre cerebral, que puso en peligro su vida; y el primo andaba fuera de sí, juzgándose causa, aunque inocente, de aquella desgracia.

Entre tanto, se presentó en Florencia el genuino capitán Mister Richard Morgan, y llevado sin duda de su genial humorístico, halló motivo de risa, más que de incomodidad y enojo, todo lo acaecido, y se holgó no poco de recuperar su libro de memorias, que creia perdido para siempre.

Súpose entónces por el verdadero Morgan que Richard Brown habia estado, en efecto, á su servicio varios años, y que durante algun tiempo llegó á merecerle particular aprecio, merced á su viva penetración, gallarda letra y rara sobriedad; que á pesar de estas cualidades era algo excéntrico, pasando constantemente sus ratos de ocio en la lectura de cuantas novelas podia haber á las manos, ó de las causas célebres que los periódicos solian publicar.

La desaparicion de papeles importantes y de objetos de valor en diferentes épocas hizo recaer sospechas sobre Brown, y aunque nunca se le pudo probar nada, al fin Mister Morgan se decidió á despedirlo, pagándole su viaje de regreso á Inglaterra.

Poco despues de la partida de Brown, el Capitán echó de ménos su libro de memorias, en el cual acostumbraba á consignar circunstanciadamente todas las peripecias de su vida militar, y cuanto de importancia se referia á su carrera, familia ó patrimonio. Este fué justa-

mente el libro encontrado por la justicia, y en cuya aprovechada lectura se habia preparado Brown para el papel que con tanta propiedad y desenvoltura habia desempeñado en los cortos, pero brillantes, dias de su pasajero triunfo.

El verdadero Capitan era un poco más corpulento, y aunque algo cojo tambien, de porte más señorial que su hábil falsificador. La fisonomía de éste, sin embargo, era más bella y expresiva. No es, pues, de extrañar que en cierto modo se cumpliese su deseo, y que alguna dama, al conocer al legítimo Morgan, exclamase: — ¡Qué lástima que aquél no fuera éste!

Pero todo pasa: las conversaciones sobre el audáz burlador de la sociedad florentina tuvieron fin, y los sucesos de cada dia fueron relegando al olvido sus lances y aventuras.

Doña Francesca recobró la salud; mas, triste y desengañada, se retiró á una *villa* que poseia cerca de los Apeninos, renunciando para siempre al mundo y sus vanidades.

XIV.

FIN.

Poco más de un mes habría trascurrido desde los sucesos que acabamos de reseñar. Era una hermosa tarde de Mayo. La princesa Etelvina había recibido á sus amigos aquel día, por ser el del feliz natalicio de su hija Irene, y áun quedaban en los salones várias personas conversando en diversos grupos.

Sobre las mesas se veían colosales ramilletes con que los más altos personajes de la córte habían obsequiado á la noble doncella.

Esta, aunque algo pálida, estaba bella como un ángel, con sus dorados rizos y su elegante vestido azul celeste. En el momento de que hablamos, departía familiarmente con otra jóven amiga suya.

Un extraño rumor que venía de afuera, y que de improvisto empezó á oirse, llamó la atención de todos los concurrentes.

—¿Qué hay en la calle? preguntó la princesa Etelvina desde el sofá en que se hallaba sentada, á dos ó tres caballeros que por los cristales del balcon observaban.

— A lo que parece, contestó uno de ellos, soldados que traen á un preso, y una turba de pilletes que los sigue.

Por un movimiento de curiosidad, la princesa Irene, su amiga y algunos más se aproximaron á las ventanas.

En efecto, un hombre, jóven aún, con el semblante descompuesto y sucio y la ropa destrozada, venía entre cuatro carabineros (1).

Al verlo pasar por delante de la casa, uno de los que en el balcon estaban exclamó:

—No, no me engaño: el preso es el capitán Morgan.

La princesa Irene, ya algo conmovida por aquel triste espectáculo, al oír el nombre del preso cayó desmayada en brazos de los que la rodeaban.

Paris, 1869.

(1) Equivalen á nuestra Guardia civil.

FIN DEL TOMO.

ÍNDICE.

LA LEYENDA DE HIXEM II.

	Páginas.
INTRODUCCION	v
I.	1
II.	29
III.	53
IV.	81
V.	89
VI.	103
VII.	109
VIII.	121
IX.	131

EL CAPITAN MORGAN.

I.—El encuentro.	151
II.—El baile en la Legacion.. . . .	157
III.—Doña Francesca.	163
IV.—Los dos primos.	169
V.—El Corso.	179
VI.—Post nubila.	187
VII.—La Trattoria.	195
VIII.—Incidentes varios.	205
IX.—La fiesta del Capitan.. . . .	215
X.—La sortija y la carta.	229
XI.—Mister Jackson.. . . .	237
XII.—El supremo recurso.	245
XIII.—Lo que sucedió despues.. . . .	253
XIV.—Fin.	259

FIN DEL ÍNDICE.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas no sólo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino también cuantos monumentos artísticos y notables existen en España y América.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	MADRID.	PROVINCIAS Y PORTUGAL.	EXTRANJERO.
Un año. . . .	Pesetas. 35	Pesetas. 40	Franco. 50
Seis meses. . .	» 18	» 21	» 26
Tres meses. . .	» 10	» 11	» 14

Cada número consta de 16 páginas gran folio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, gratis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edición tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

AÑO XXXVIII.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Saló á luz los días **6, 14, 22 y 30** de cada mes, y cada año forma un hercoso volumen de unas **1.200** columnas gran folio, de escogida lectura, conteniendo sobre **3.500** grabados intercalados de las más recientes modas y toda clase de labores propias de señoras; **48** figurines grabados en acero é iluminados con colores finos:— dibujos de tapicería;— **24** grandes patrones tamaño natural, con más de **1.000** modelos de trajes, corazas, tunicas, delantales, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternarán con las grandes hojas de dibujos para bordados, que tanta aceptación han tenido en años anteriores, y una colección de selectas piezas de música moderna para *canto y piano* y *piano solo*, originales de los maestros compositores más notables de España y del extranjero; **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM**, digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de **10** tomos en 8.º

PRECIOS DE SUSCRICION.

	1.ª EDICION.		2.ª EDICION.		3.ª EDICION.	4.ª EDICION.
	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid.	Provincias y Portugal.	Madrid y Prov.	Madrid y Prov.
	Pesetas.		Pesetas.		Pesetas.	Pesetas.
Un año. . . .	57,50	40,00	28,00	30,00	20,00	15,00
Seis meses. .	19,00	21,00	14,50	16,00	10,50	8,00
Tres meses. .	10,00	11,00	7,50	8,50	5,50	4,25
Un mes. . . .	3,50	4,00	2,50	3,00	2,00	1,50

Se remiten números de muestra gratis de ambos periódicos á los que lo soliciten, dirigiéndose á la

Administracion : Carretas, 12, principal. MADRID

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ALBUM POÉTICO ESPAÑOL, por los señores Marqués de Molins, Hartzensbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.^o mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.

DELICIAS DEL NUEVO PARAÍSO, por don José Selgas; 2.^a edición; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.

COSAS DEL DIA, continuacion de las *Delicias del nuevo paraíso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.^o mayor, 3 pesetas.

ESCENAS FANTÁSTICAS, por D. José Selgas; un tomo, 8.^o mayor, 3 pesetas.

MARI-SANTA, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

AMORES Y AMORIOS (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

CUARENTA SIGLOS, historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.

EL MATRIMONIO. Su ley natural, su historia, su importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquín Sanchez de Toca; dos tomos, 8.^o mayor, 8 pesetas.

LA CUESTION DE ORIENTE, por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

PRINCIPIOS GENERALES DEL ARTE DE LA COLONIZACION. Obra indispensable en toda biblioteca y utilísima á los que se dedican á estudios estadísticos, por don Joaquín Maldonado Macanaz; un tomo en 4.^o, 6 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS POLLAS, novela, por doña Francisca Sarasate; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.

EL COMENDADOR MENDOZA.—LA CORDOBESE.—UN POCO DE CREMATÍSTICA, por D. Juan Valera; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

LETRA MENUDA, prosa y versos de Don Manuel del Palacio; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.

DE MADRID Á MADRID, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

ADRIANA DE WOLSEY, original de Ventura Hidalgo; precedida de un prólogo del Sr. D. Victor Balaguer; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

GUIA ILUSTRADA DE MADRID, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planos sueltos muy importantes, por el Excmo. Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.^o prolongado, 6 pesetas rústica y 8 encuadernado.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.^a María del Pilar Sinués (3.^a edición); un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES, por Doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—EN LA CULPA VA EL CASTIGO, por D.^a María del Pilar Sinués (2.^a edición); un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

HIJA, ESPOSA Y MADRE, cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por doña María del Pilar Sinués; dos tomos, 8.^o mayor frances, 8 pesetas.

LA ABUELA, por D.^a María del Pilar Sinués; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

SUEÑOS Y REALIDADES, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

EL BAZAR, revista ilustrada, con novelas tan interesantes como *Noventa y tres*, de Victor Hugo; *La Fé del amor*, de Fernandez y Gonzalez, etc., etc. Cuatro tomos, 25 pesetas.

VENTURAS Y DESVENTURAS, por el capitán de navio D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

CUADROS VIEJOS, coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por D. Julio Monreal; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

UNA DOCENA DE CUENTOS, por D. Narciso Campillo; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.

EL SOL DE INVIERNO, novela, por doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.^o mayor frances, 4 pesetas.

LA LEYENDA DE HIXEM II.—EL CAPITAN MORGAN, por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas; un tomo, 8.^o mayor frances, 3 pesetas.

NUEVOS POEMAS Y DOLORAS, por D. Ramon de Campoamor; 4 pesetas.

EL MUNDO INVISIBLE, continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

EN PRENSA.

MANUAL DE LA MODA ELEGANTE.—Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas.

LOS PAÍSES BAJOS VISTOS POR ALTO, narraciones de viajes, por D. José de Castro y Serrano.



BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORANEOS.

OBRAS PUBLICADAS.

- ALGUN PORTO EN ESPAZO**, por los señores Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campomaner, Calzado, Basillo, Arnao, Paladio, Grillo, Aguilera, Nufes de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 8.^o mayor, 8 pesetas rústica y 12 lujosamente encuadernado.
- DEIRCIAS DEL NUEVO PARADISO**, por don José Selgas (2.^a edición); un tomo, 8.^o mayor francés, 2 pesetas.
- COMAS DEL VIA**, continuación de las *Deircias del nuevo paraiso*, por D. José Selgas; un tomo, 8.^o mayor, 2 pesetas.
- ESCENAS FANTASTICAS**, por D. José Selgas; un tomo, 8.^o mayor, 2 pesetas.
- MAR-SANTA**, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- AMIGOS Y AMIGOS** (historietas en prosa y verso), por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- CUARENTA DIAS**, historia actual a la generacion presente, por D. Adelino Fuentes; este libro ha sido revisado por la autoridad eclesiastica; un tomo, 8.^o mayor francés, 3 pesetas.
- EL MARCHENCO**, de ley natural, en historia, en importancia social, precedido de un prólogo del Sr. D. Adelino Fuentes-Guerra, por D. Joaquín Sánchez de Toca; dos tomos, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- LA CUESTION DE ORIENTE**, por D. Emilio Ombler; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- PRINCIPALES GENERALES DEL ARTE DE LA COLOCACION**, obra indispensable en toda biblioteca y utilísima a las que se dedican a estudios estadísticos, por don Joaquín Maldonado Macanas; un tomo en 4.^o, 6 pesetas.
- UN TIEMPO PARA LAS POESIAS**, novela, por doña Francisca Calzado; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- EL COMENDADOR MENDOZA**.—**LA COLUMBIANA**.—**UN POZO DE QUIMISTICA**, por D. Juan Valera; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- LETRA MENUDA**, poesía y verso de don Manuel del Palacio; un tomo, 8.^o mayor francés, 2 pesetas.
- DE MADRID A MADRID**, dando la vuelta al mundo, por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- ADRIANA DE WOLFF**, original de Ventura Hidalgo; procedida de un prólogo de Sr. D. Victor Balaguer; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- OVIA ILUSTRADA DE MADRID**, con más de 150 grabados intercalados en el texto y planes sueltos muy importantes, por el Sr. D. Angel F. de los Rios; un tomo, 8.^o prolongado, 6 pesetas rústica y 4 encuadernado.
- UN TIEMPO PARA LAS DAMAS** (Estudios acerca de la educación de la mujer); por D.^a María del Pilar Simón (2.^a edición); un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- UN TIEMPO PARA LAS MADRES**, por Doña María del Pilar Simón; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- LA VIDA INTIMA**.—**EN LA CULPA YA EL CASTIGO**, por D.^a María del Pilar Simón (2.^a edición); un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- ELLA, ESCOGA Y MADRE**, cartas destinadas a la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermanas*, por doña María del Pilar Simón; dos tomos, 8.^o mayor francés, 6 pesetas.
- LA ANGUSTIA**, por D.^a Mariadel Pilar Simón; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- STUDIOS Y REALIDADES**, por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- EL BARAJE**, revista ilustrada, con novelas tan interesantes como *Novela y trax*, de Victor Hugo; *La Fe del amor*, de Fernandez y Doménil, etc., etc. Cuatro tomos, 22 pesetas.
- VENUSIAS Y QUINIENTAS**, por el capitán de navio D. Cosme Fernandez Duro; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- CUARENTA VIEJOS**, colección de proceladas, trozos y ensayos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por D. Julia Meneses; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- UNA DOCEMA DE CUENTOS**, por D. Narciso Campillo; un tomo, 8.^o mayor, 4 pesetas.
- EL SOL DE IXTVINO**, novela, por doña María del Pilar Simón; un tomo, 8.^o mayor francés, 4 pesetas.
- LA LEYENDA DE HENRI II**.—**EL CAMPESIN MOURAS**, por D. Enrique R. de Cervelas; Duque de Rivna; un tomo, 8.^o mayor francés, 3 pesetas.
- NOUEVIS POEMAS Y DOGRIAS**, por D. Ramon de Campomaner; 4 pesetas.
- EL MEXICO INMUNE**, continuación de las *Escenas rústicas*, por D. José Selgas; 4 pesetas.

EN PREENSA.

- MANUAL DE LA MODA EUROPEA**.—**Tutorial de costura, bordados, nuevos artificiales y demás labores de adorno y utilidad para las señoras y señoritas.**
- LOS PALEROS HAZOS VIEJOS POR LAO**, narraciones de viajes, por D. José de Castro y Ferrás.

Se hallan de venta en las principales librerías y en la Administración de

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de LA MODA EUROPEA ILUSTRADA,
CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID.

Los precios serán expresados, entendiéndose que son en Madrid.